

XIV

LA GUARDIA CIVIL

El día 15 de abril, muchos buenos burgueses españoles se quedaron perplejos: «¿Qué harán con ella? ¿Se atreverán?» Los marqueses y los duques, los presidentes de los casinos madrileños, los administradores de las fincas de Sevilla y de Jaén, los banqueros de Bilbao, los fabricantes de Barcelona, los redactores de los periódicos y los priores de los conventos, no cabían en sí de miedo. «¿Qué harán con ella? ¿Será posible que se atrevan...?» No se trataba, claro está, de la abdicación del rey. Los buenos burgueses no se preocupaban por la corona real; no, lo que les preocupaba era el vulgar tricornio de hule charolado. Se daban cuenta de que con este tricornio podía desmoronarse su poderío. Alarmados, se preguntaban unos a otros: «¿Será posible que estos locos disuelvan la Guardia civil?» Todavía ignoraban que la República había sido regalada al pueblo por el propio jefe de la Guardia civil, por el general Sanjurjo, y que, en vez del clásico gorro frigio, esta República iba a encasquetarse el tricornio de hule charolado.

Con el rey, había en España 33.000 guardias civiles.

Ahora, hay 40.000. La República ha disminuído el Ejército y aumentado la Guardia civil. En España, hay 36.000 maestros de escuela y 40.000 guardias civiles. La Guardia civil se recluta principalmente entre los sargentos y suboficiales que se alistán por plazos de cinco años. Un guardia civil cobra 55 duros mensuales. Durante tres o cuatro años, forma parte de la brigada móvil, donde recibe mensualmente 85 duros—cuatro veces más que un obrero, dos veces más que un jefe contable con instrucción superior—. El oficio de guardia civil no tiene nada de complicado. Le basta con saber matar. El «la guardia muere, pero no se rinde», se podría trocar aquí por «la guardia mata, pero no hiera». Cuando la Guardia civil dispersa a manifestantes campesinos u obreros, suelen recogerse pocos heridos. Los guardias civiles apuntan bien; apuntan a la cabeza y al vientre y rara vez yerran el tiro.

El hombre del ridículo tricornio no es sólo un guardia civil, es el terror de toda la España pobre. Con él, asusta la madre a su criatura. A él buscan instintivamente los ojos en la oscuridad al deslizarse por las calles tortuosas. El guardia civil ha llegado a ser la leyenda en España, como lo era la muerte en la Edad Media. Su sombra bailotea sobre el suelo de España—yo mismo he visto este baile sobre las rocas rojizas de Castilla, sobre los pantanos de Extremadura, sobre las colinas de Andalucía—, una sombra larga y espeluznante que vaga en busca de presa, que acecha al distraído, que caza al simple. Balan-ceándose a caballo o arrastrándose como un reptil, se acerca, apunta, mata. La danza macabra continúa. Apenas pasa día sin que los periódicos den la noti-

cia de un nuevo asesinato. El guardia civil tiene que matar, pues el matar es inseparable del tricornio, del duro, de la tradición. Los guardias civiles merodean por el país. En cuanto divisan unos andrajos o el brillo de unos ojos hambrientos, se detienen. Ya cayeron sobre la presa. Aquí, no hay que pararse a cavilar, pues todo está claro de antemano. Un lacónico telegrama a la agencia periodística, los sollozos de ocho o diez huérfanos y el latín ceceante del cura.

En Extremadura existe una comarca que los españoles llaman candorosamente la «Siberia» española. Creen que Siberia es el país de la muerte. Y, ciertamente, la Siberia extremeña no ofrece el menor aliciente para vivir. Allí, la gente se alimenta con bellotas. Con las mismas bellotas con que los terratenientes ceban a sus cerdos. De noche, el pobre se arrastra por la tierra—la tierra del amo—; tiene hambre y busca su comida como una fiera. A su encuentro sale otro hombre, el hombre del tricornio charolado. Está deseoso de trabajar. En las manos empuña el fusil. Dos horas más tarde, la Guardia civil dicta su informe: «Le di por tres veces el alto y después disparé... Resultó muerto el campesino José Ruiz, de treinta y ocho años. Se le encontró un cesto de bellotas...»

En noviembre, cerca de Talavera, un guardia civil mató a un aldeano, padre de nueve criaturas. El guardia civil declaró que el muerto había querido cazar una liebre en un coto particular. Los aldeanos, indignados, se reunieron en un mitin. El alcalde, un socialista, gritaba: «¡Ya verán la cosa en Madrid!» Para tranquilizar a los aldeanos, mandó un telegrama pidiendo que se castigara al culpable y se desti-

tuyera además al teniente del puesto de la Guardia civil. En Madrid, hace tiempo que están acostumbrados al candor humano. No es cosa de castigar a un guardia civil porque haya matado a un aldeano, como tampoco es cosa de castigar a un socialista por poner telegramas sentimentales. Los dos cumplen con su deber.

Pero, a veces, la gente pierde la paciencia. Recientemente, en Almodóvar del Río, los huelguistas rodearon el cuartel de la Guardia civil. Los guardias civiles, sin esperar el desarrollo de los acontecimientos, empezaron su tarea. Cayeron muertos los obreros Rafael Ribas, José Gallego, Salustiano Alcaraz y José Moreno. En la fotografía, al lado de los cadáveres se ven de pie los asesinos, apoyados sobre sus fusiles, mirando fijamente al objetivo del aparato. No están tristes ni alegres. Sus rostros son completamente inexpresivos. Parecen más bien unos fantasmas vestidos con uniforme de opereta. Unos fantasmas que no saben más que una cosa, que no tienen más que un oficio: matar.

La República, oficialmente, suprimió la censura; pero de hecho, la censura sigue. En Barcelona se publica un semanario literario social, titulado «L'Ora». El redactor de esta revista está obligado a someter las pruebas al examen del gobernador. En uno de los últimos números, quiso publicar un dibujo: un guardia civil a caballo. Debajo del dibujo, no había texto alguno. Sin embargo, el gobernador tachó el dibujo. «Es demasiado tenebroso...» El gobernador sabe lo que vale un guardia civil en la calle; pero en las páginas de una revista, le asusta. Y el asesino a caba-

llo, este San Jorge de la República española, que es como el dios Sabaoth, no pudo ser reproducido.

La Guardia civil trabaja en silencio. Silenciosamente trabaja también su jefe, el general Sanjurjo. El día 14 de abril, el general Sanjurjo traicionó al rey. No lanzó a la Guardia civil contra los republicanos. Fue el último día de la Monarquía y el primer ensayo del general. En los cafés, los políticos discuten sobre quién será mañana jefe del Gobierno, si el señor Caballero o el señor Lerroux. Nadie pronuncia el nombre de Sanjurjo. Es un dios cuya imagen no puede ser reproducida, cuyo nombre no puede ser pronunciado. De cuando en cuando, los 40.000 hombres de tricorno disparan. Están preparándose para el magnífico espectáculo de un buen fusilamiento general.